

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid 914482505 estudio@arocaarquitectos.com

Título **Javier Lahuerta Vargas. Docencia y oficio de la Arquitectura.**
Autores Ricardo Aroca
Medio Homenaje a Javier Lahuerta Vargas. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la
Universidad de Navarra. T6 Ediciones.
Fecha 1996/00/00

Ante todo, quiero agradecer la invitación que me permite participar en la celebración del 80 cumpleaños de Javier Lahuerta.

Su figura de hombre íntegro, trabajador incansable, profesor excelente, riguroso estudioso y escritor, etc., plantea el problema de sobre cual de las facetas construir el elogio. Ante el arduo dilema, lo mejor es dejar la mente en blanco y aceptar que, probablemente, lo más relevante de un personaje es lo primero que le viene a uno a la cabeza, y así he procedido:

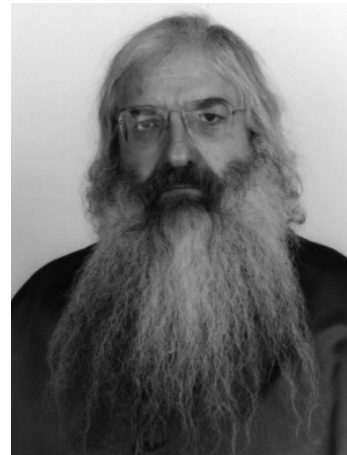
Si debo resaltar una cualidad por encima de las muchas excelentes de Javier Lahuerta es la inocencia, y lo digo con genuino respeto y admiración no exenta de envidia (yo, carente de esa cualidad natural, me he pasado la vida tratando de ser ingenuo, con poco éxito, al decir de los que me conocen).

En lo que recuerdo de mi larga y antigua relación con Javier, los episodios que me han quedado más vívidamente grabados tienen mucho que ver con esa envidiable cualidad.

Le conocí el año 60, corría una época parecida a la que se nos avecina, en que las plantillas de profesorado de la Universidad estaban congeladas y los puestos docentes ocupados, hasta ese año Javier no había tenido posibilidad de entrar en la Escuela y mientras tanto había estado dando clase en Aparejadores.

Su incorporación a la Escuela de Arquitectura se había producido en la peregrina cátedra de D. Antonio Camuñas, que alternaba ontológicas descripciones del ladrillo con la alabanza de la amplia intervención de Dña. María Luisa de Parma en la cosa pública (en el buen sentido se entiende). La natural inocencia de Javier Lahuerta le llevó a tratar de introducir en aquello algunos elementos objetivos, bastante curiosos por otra parte: los nombres latinos de las especies arbóreas maderables (gracias a lo cual sé que la, ya inexistente, caoba se llama *Swietenia Mahogani*) y los problemas de granulometría de áridos para hormigones (cuando se fue de la cátedra, esa segunda parte de la herencia produjo resultados catastróficos, porque los que se quedaron tardaron un par de años en saber poner problemas en que no resultara el que había que "ir quitando piedrecitas de determinado tamaño con unas pinzas" con la consiguiente mortandad de los examinandos).

RICARDO AROCA HERNANDEZ-ROS



Nacido en 1940, en Murcia.
Arquitecto por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid desde 1.964.
Profesor de la E.T.S.A.M. desde 1.965.
Doctor Arquitecto desde 1.968.
Catedrático numerario de Proyectos, Diseño y Cálculo de Estructuras III de la E.T.S.A.M. desde 1.973.

Cargos académicos desempeñados:
Subdirector Jefe de Estudios de la E.T.S.A.M.
Vicerrector de la Universidad Politécnica de Madrid.
Actualmente es Director de la E.T.S.A.M.

Cargos desempeñados en asociaciones profesionales:
Secretario del Colegio oficial de Arquitectos de Madrid.
Secretario de la Hermandad Nacional de Arquitectos.

Luego consiguió pasar a estructuras y, aunque no fue profesor directo mío (Arangoa se reservó el "plan antiguo" y él daba el "plan 57", llamado entonces "el plan nuevo"), cumplía con su cuota de la tarea colectiva de vigilar exámenes. Recuerdo vívidamente que al entregar uno de los parciales le solicité alguna precisión (probablemente no muy ingenua) sobre el principio de los trabajos virtuales, me miró con amabilidad y me contestó con una candidez que no había visto nunca en un profesor: "Mire, le confieso que eso de los trabajos virtuales nunca lo he entendido bien".

El siguiente episodio data del verano del 65. Yo había terminado un año antes la carrera y ese curso había sido el último de una beca para futuros aspirantes a cátedra (se llamaba así ¡qué tiempos!), ya me había despedido de Arangoa con quien, pese al aprecio personal que por él sentía, me era completamente imposible trabajar, con la decisión firme de no volver a la Escuela.

Me localizó por teléfono cuando estaba cenando en casa de mi suegro y me propuso ser profesor ayudante de clases prácticas de "estructuras laminares", asignatura de especialidad: traté de escapar alegando que no sabía nada de la materia y la inevitable respuesta fue: "Yo tampoco, pero tengo un libro muy bueno y nos lo iremos estudiando".

La respuesta me desarmó y no pude resistir la tentación. El libro era, en efecto, el mejor: una traducción al francés (con bastantes erratas) del *Statik Und Dynamik Der Schalen* de Wilhelm Flügge, que naturalmente conservo.

El libro, sobre todo al principio, plantea una curiosa mezcla de procedimientos gráficos y analíticos, y las erratas le añadían un morbo irresistible. Cuando lo que nos salía al desarrollar algo con detalle no coincidía, no sabíamos si es que nos habíamos equivocado en algo o que efectivamente había un error tipográfico.

La mezcla de construcciones geométricas y formulaciones analíticas produjo nuestras primeras diferencias de opinión. Yo trataba de extender las construcciones gráficas más allá de lo que lo hacía Flügge, mientras que Javier desarrollaba lo que me parecían interminables demostraciones analíticas para sustituir a las construcciones gráficas.

Un día, bastante pronto, protesté: "Cuando uno llena dos pizarras de senos y cosenos es imposible saber si se ha equivocado en algún signo". La respuesta fue lapidaria (y deliciosamente candorosa): "Yo no me equivoco nunca". Establecido esto (que era por otra parte cierto, tal era su fe en los signos que se decía de él que, al terminar su jornada, no volvía a casa sino que "iba negativamente a la Escuela"), operó su natural

magnanimidad: “pero si tu quieres hacer construcciones gráficas en las prácticas, haz lo que quieras”.

Así convivimos en buena armonía un par de cursos, hasta que empezó la expansión de los cuerpos docentes que permitió que, al tiempo del acceso a las cátedras de quienes tenían sobrados méritos acumulados y habían esperado ya demasiado, nos incorporáramos algunos otros que no teníamos los suficientes, pero habíamos tenido la suerte de estar allí en el momento adecuado.

Todavía sueño a veces con mi primera oposición a cátedra de Estructuras. Era la primera que había desde los años 40. Nos presentamos más de 20 aspirantes, desde Javier Lahuerta, que no tenía nada que ganar en cuanto a prestigio y mucho que perder si no sucedía lo que todos esperaban, hasta yo mismo, que no tenía nada que perder pero esperaba ganar experiencia en el disparatado intento.

Aquello fue interminable, y para que no acabara nunca, en el último ejercicio acabaron encerrándonos juntos durante varios días a la media docena de supervivientes para hacer un proyecto. Para mantener la moral en aquella situación imposible hice excesivo uso de mi pervertido sentido del humor mientras Javier aplicadamente completaba un proyecto, llegando a veces a relajar su talante hasta el punto de quitarse la chaqueta y ponerse unas zapatillas.

Aquello acabó como tenía que acabar y, poco tiempo después, ya catedrático abandonó la Escuela de Madrid para venirse a Pamplona mientras que yo heredé la responsabilidad del curso.

Dando una muestra más de su acrisolada inocencia, incluso hizo un serio intento de que me viniera con él (de cualquier otro, hubiera sido un mero acto de cortesía, pero no era el caso, era de verdad). Afortunadamente para mí, y mucho más para la Universidad de Navarra, prevaleció mi sentido común, aunque aún recuerdo la angustia que pasé para encontrar una excusa, al tiempo plausible y no hiriente, para una persona de tan admirable inocencia como para intentar traer aquí a semejante réprobo.

Ya después nuestros contactos han sido más esporádicos y no me han dejado el recuerdo de los que aquí menciono.

Me temo que, como suele suceder, mi contribución a este homenaje ha consistido en hablar más de mi que de él, pero no puedo olvidar que ha tenido en mi trayectoria vital una importante influencia:

Estoy en la enseñanza gracias a él y de él he aprendido desde cosas aparentemente tan triviales como hacer las notas

a lápiz, que se escribe más deprisa, y además se puede borrar, (aunque luego como no tengo su paciencia casi siempre tacho en vez de usar la goma) hasta la importancia del trabajo constante y sistemático, aunque nunca pude aprender, y ya casi he perdido la esperanza, a no equivocarme en los signos.

Siempre he admirado su personalidad absolutamente rectilínea que muchos toman equivocadamente como muestra de una rigidez que yo nunca he encontrado en nuestro trato, su infinita capacidad de trabajo y, sobre todo, su candor, que a estas alturas supongo que ya no va a perder. Ha sido un privilegio haber conocido, haber trabajado y haber tenido la ocasión de aprender de Javier Lahuerta.